

ARZALLUS SE EQUIVOCA

LA RAZÓN. JUEVES 7 DE JUNIO 2001

ANTONIO GARCÍA TREVIANO

Desde fuera del mundo que lo produce, y sin conocer las causas que los sostienen, el fenómeno de Eta es muy difícil de comprender. La explicación psicológica no puede dar cuenta de un grupo que lleva cuarenta años asesinando, sin ninguno de los motivos que empujan al delito y definen a los delincuentes. Sus crímenes no son pasionales. Por crueles que sean, sus actos de sangre no obedecen a pulsiones sádicas. Tampoco se trata de un grupo mafioso de tipo siciliano que se pueda explicar por razones sociológicas, ni de una asociación gansteril que haga del lucro ilícito, aunque lo practique, la finalidad de su existencia. Esas obviedades no perturban a los directores de medios informativos que permiten calificar a Eta con sonoros epítetos que no le corresponden. Eso conduce a la confusión del terrorismo con lo que no es, y al desahogo de la impotencia a través del insulto. Es pertinente, aunque incompleto, llamar a los etarras asesinos, secuestradores y extorsionistas. Pese a que ellos no se vean como tales y nada les importe que los demás los nombren así.

Para entender al adversario Eta no se debe perder de vista, con prismas morales, que se trata de un grupo político organizado en la clandestinidad; que cuenta con el apoyo y simpatía de una parte pequeña pero numerosa de la población vasca; que persigue metas estatales con medios terroríficos; que está orientado por una estrategia de acción a largo, medio y corto plazo; y que los resultados obtenidos practicando el terror durante cuarenta años sólo han favorecido, hasta ahora, al nacionalismo del PNV. Junto a esos datos, hay que poner el hecho de que las instituciones represivas de Eta (policía central y autonómica, guardia civil, judicatura, gobierno vasco, gobierno español, partidos políticos y medios informativos) han fracasado.

Abordaré el estudio de esta compleja situación, y presentaré en cada artículo una faceta de la misma, desde la perspectiva de la unidad de España en una verdadera democracia. Pues considero que, sin una reforma democrática del Estado de Partidos que dé a los nacionalismos una salida constitucional sin tensiones, el terrorismo de Eta y el soberanismo del PNV, que son asuntos muy distintos por naturaleza, aunque relacionados en su conjunción final, no tienen solución. Mi análisis será acertado o erróneo, pero no equívoco o confuso.

La sociedad no tiene por qué seguir resignándose a padecer el terrorismo como si fuera una catástrofe natural. Es una utopía creer que la policía hará bajo el Gobierno Aznar lo que no ha podido hacer en cuarenta años. Y también es una quimera confiar en que el conservador nacionalismo del PNV, contradictorio en su posición ante el Estado español, resuelva el conflicto planteado por Eta a la sociedad vasca al unir la Independencia, como fin irrenunciable, al Terror como medio adecuado. El PNV quiere la Autodeterminación como ejercicio de un derecho que antes debe ser reconocido por el Estado. Eta quiere la Independencia como hecho arrancado al Estado a cambio de poner fin al terror. No quieren pues lo mismo. Difieren en los medios inmediatos porque difieren en los fines últimos.

Arzallus se equivoca porque quiere creer en lo que dice. Su error, sobre una supuesta identidad de fines entre el PNV y Eta, favorece la perspectiva de diálogo entre ambas organizaciones, pero impide plantear en el terreno de los fines la negociación que seguramente entablarán sobre los medios. La negociación con Eta llevará fatalmente a otro fracaso mientras no se distingan las fases de su estrategia y el valor sustantivo o adjetivo del terrorismo en cada una de ellas. A corto plazo, Eta parece estar procurando, con atentados selectos, un clima propicio a nuevos compromisos de autodeterminación en el PNV, antes de una tregua. Que sería fraudulenta si es preámbulo de un pacto oculto de tipo estatal.